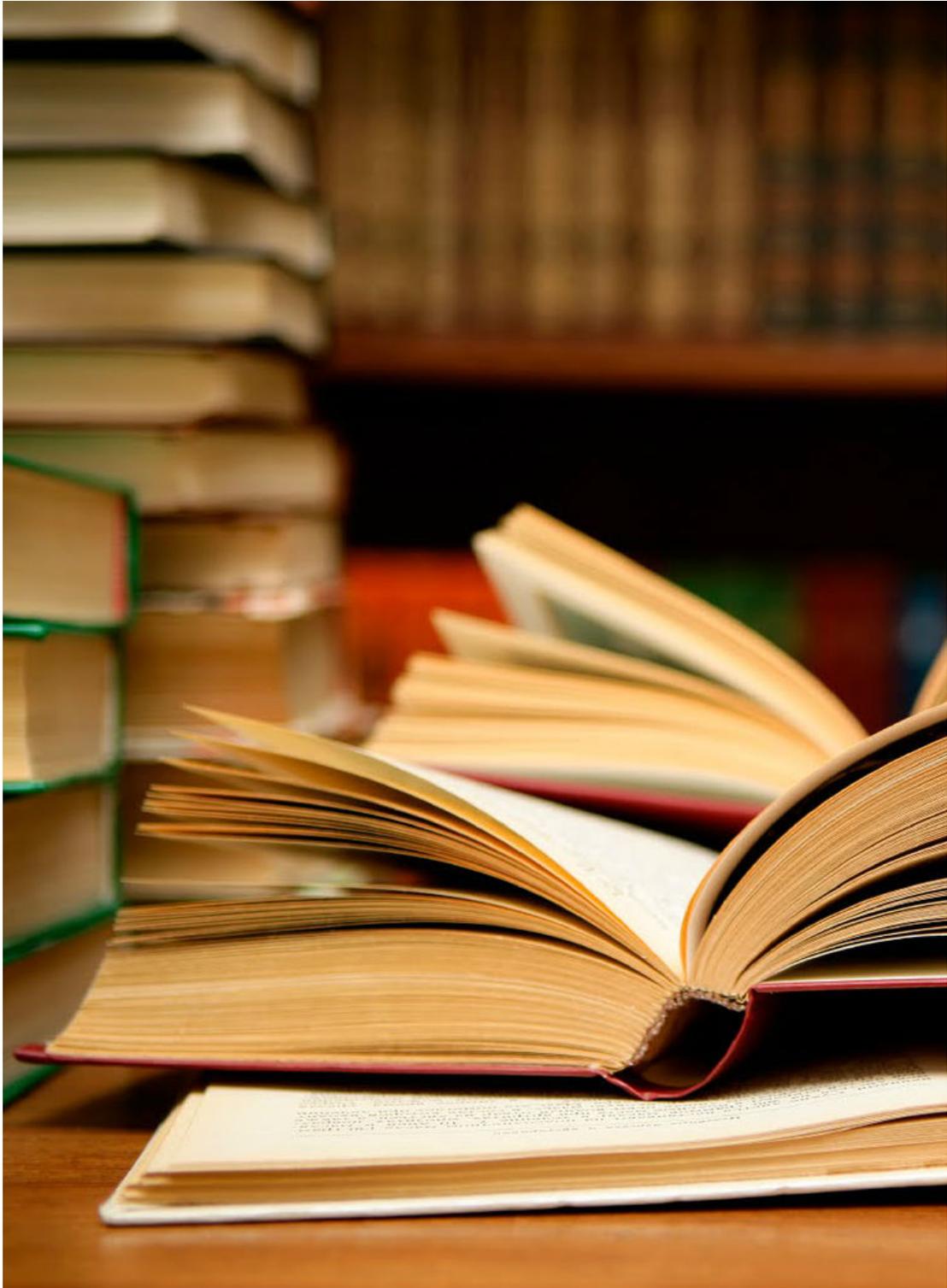


Cuentiembre - Quiz Montag

Quiz Montag



Capítulo 1

Una caja de lazo rojo y papel morado

(Cuento N° 1)

Estoy seguro que nada por lo que paso en este momento estuviese presente si no hubiese visto el contenido de la caja. Estaba cubierta con un pequeño lazo de color rojo, y debajo de él, un papel de regalo bastante llamativo; era de color morado con estrellas decorativas. Pienso que, por tanta estética, fue una mujer quien envolvió el paquete que tengo frente a mí, y que mi madre no para de mirar con una expresión que nunca había visto.

El regalo tenía que ver con mi papá, aunque alguien lo preparó por él y nos lo envió. Quien haya tocado el timbre y dejado la caja en nuestra alfombra desapareció al abrir la puerta mi hermano. Cuando él y mi madre vieron el contenido, luego de extrañarse por lo que tenían en sus manos, prefirieron que yo no supiera qué había dentro. Si era un obsequio de mi papá, quería saber qué nos había enviado, y más al tener días sin verlo. Pero como un muchacho tozudo que soy, logré ver lo que allí estaba. Después de todo, creo que esa actitud la tiene cualquier persona de mi edad.

Hace cinco días, mi hermano mayor y yo vimos a mi padre en la televisión. Estábamos acostumbrados a mirar los programas en los que concede entrevistas, pero esa vez nos emocionamos mucho más que antes; más que cualquier otro encuentro con periodistas que él tanto tenía. Llamamos a mi mamá enseguida, y después de unos segundos en que narraban la noticia, apareció el cintillo en la parte de abajo de la pantalla. El cintillo que esperábamos ver.

A mi papá lo caracterizaba su carisma y su don para la creación de proyectos de ayuda social. Fueron muchas las comunidades que se beneficiaron gracias a su vocación de servicio. Por ende, recibió muchos reconocimientos, tanto nacionales como internacionales. También fue objeto de críticas y ciertas personas le tenían envidia, pero eso a él no le importaba. El bien de su familia y la gente de la ciudad eran sus objetos de interés.

Hace tres días recibimos la caja decorada con mucho esmero. Y al día siguiente recibimos una llamada de mi padre diciendo el sitio en que podríamos encontrarnos. Mi hermano quiso dejarme en la casa, para que no asistiera con él y mi mamá al encuentro. Pero ambos sintieron miedo de que algo me pasara al estar yo solo en la vivienda, y me dejaron ir con ellos. Tomaron un bolso grande y pesado, y nos fuimos en el carro de mi

mamá.

No pude hablar con él en la llamada de anteayer, pero escuché su voz gracias a que mi madre colocó el altavoz del teléfono. Tenía tiempo sin oírla. Ella y mi hermano eran los únicos que hablaban con él, pero a mí no me dejaban. Decían que era por "mi seguridad". Y a pesar de haber entrado en desesperación al principio, lo comprendí poco a poco. Por eso, terminé aceptando la prohibición de comunicarme con mi padre. Pero esa resignación había quedado atrás cuando estaba a pocos metros del sitio de encuentro.

Al llegar, nos saludamos de lejos. De la misma manera podíamos hablarnos. Cuando me vio, sonrió de una manera muy especial. Él hacía siempre ese gesto con sinceridad, pero esta vez fue más sincero que nunca. Mi hermano y mi mamá mostraron el bolso a unos señores que estaban alrededor de mi papá. Ellos no eran sus escoltas pero, por los momentos, garantizaban su protección. Una de esas personas era una mujer joven; supongo que fue ella quien envolvió la caja. Hasta ese momento todo marchaba bien. De repente, las sirenas de la policía irrumpieron en el sitio, y prefiero no contar todo lo que pasó de una manera tan detallada, pues no quiero seguir llorando. Sólo puedo decir que, después del enfrentamiento, los únicos que salimos vivos del sitio fuimos mi mamá, los policías y yo. Todos los que rodeaban a mi padre, incluso la mujer, murieron por los disparos, pero tres segundos antes de eso, los ahora fallecidos acabaron con mi padre y mi hermano.

Acabamos de regresar del funeral de mi padre; lo único que deseo es olvidar todo esto. No es fácil asimilar que, a mi corta edad, la última bella vivencia que tuve con mi hermano fue gritar de emoción al ver en la televisión la foto de mi padre, y debajo, el cintillo con su nombre y las palabras "sigue con vida" al lado. Que el último buen recuerdo de mi padre fue ver su sonrisa al tenerme frente a él. Estoy de pie delante la mesa del comedor de una casa que ahora está muy vacía. Y en la mesa, está sentada mi madre. Junto a su taza de café se encuentra el bolso aún lleno de los billetes con la cantidad que dijo mi padre que necesitaba para su liberación. Al lado, la caja de regalo con el meñique de una mano dentro.

Hubiese preferido no ser tan curioso como para ver el contenido de la caja. Quiero que ese recuerdo del dedo cortado se vaya de mi mente, y de mi padre quede el recuerdo de su sonrisa como nunca antes. Tampoco quiero que esa imagen de un pequeño trozo de su cuerpo interfiera con lo bueno que conservo en mi mente de mi hermano. Estoy seguro que nada por lo que paso en este momento estuviese presente si no hubiese visto el contenido de la caja.

Capítulo 2

Yo lo vi caer

(Cuento N° 2)

El país ya no aguantaba más. Por eso fue que iniciaron las protestas. Las convocatorias siempre fueron todo un éxito, pues todo se planeaba con antelación. En cada una el gobierno se mostró despreocupado, pues siempre que se realizaba una manifestación todo terminaba en disturbios provocados por ellos. Los partícipes se regresaban a su casa con miedo y esperanza; deseaban con fervor que todo cambiara. Pero a los que formaban parte de la "élite" no les interesaban estos reclamos, y seguían haciendo lo que les daba la gana con el pueblo. Sin embargo, nadie esperó lo que medio mundo presenció la semana pasada, en la última concentración.

Hace exactamente seis días hoy que yo lo vi caer.

Partimos de la Plaza Augusto Echeverría, quien fuera un líder con mucho poder de convencimiento y muy recordado aun en estos días. Hace 43 años logró derrocar a un gobierno gracias unas palabras muy motivadoras que entraron muy profundo en el corazón de los ciudadanos, y éstos decidieron alzarse para exigir el fin de la dictadura, movidos en todo momento por Echeverría. Fue tanta la presión social a la que estuvo sometido el gobierno de entonces que no tuvo otra opción que abandonar el poder. Cuando se supo la noticia de la huída del presidente, o mejor dicho, del dictador, alzaron al líder en hombros y lo pasearon por muchas partes de la ciudad. Gobernar no era su objetivo. Libertar, sí. Lo logró.

Yo estaba seguro de que ese momento sería muy similar al que vivimos hace seis días, cuando lo vi caer.

Un grupo de personas no mayor a 28 años empezaron a incitar a las protestas desde hace dos meses en varias partes de la ciudad. Es tan grande esta zona que pueden hacerse varias concentraciones multitudinarias a la vez y no encontrarse una con la otra. Entonces todo empezó a tornarse cada vez más oscuro. Cada semana se hacían las protestas con más agresividad que la pasada. El pueblo estaba molesto de tantas humillaciones. Y la semana anterior, fue cuando todas las multitudes se concentraron en una sola, haciendo que la ciudad tuviera más gente que nunca en la calle al mismo tiempo.

Cuando lo vi caer, se me salieron las lágrimas.

Un muchacho de 24 años era quien lideraba todas estas protestas. Tenía un poder de convencimiento tal que parecía la reencarnación del propio Augusto Echeverría, quien ya falleció hace dos años. Era un erudito en la política, y se sabía la historia de la caída de hace 43 años como nadie, a pesar de no haber nacido siquiera. Demostraba una fuerza abrumadora para realizar una convocatoria; él sabía que existía alguna forma de convencernos de que debíamos a protestar. Encontró esa manera después de tanto intentar. Llenó la plaza como nadie lo había hecho; ni una banda de rock muy famosa lo había conseguido cuando tuvo su oportunidad de presentarse acá. Y yo, un pobre viejo, fui convencido por él, y empecé a seguirlo hacia donde nos llevara. Eso es ser un líder, después de todo, pues llevó consigo a mucha gente adulta de diferentes edades.

Decidió que teníamos que ir justo a la casa del presidente, a exigirle que se fuera de una vez por todas. No merecía estar en el "trono" un hombre que había asesinado a sangre fría a más de 50 personas que sabían sus secretos. 50 es el número que uno conoce, porque en estos 12 años de tortura nadie sabe a quién más mató. Eso no sale en las noticias. Pero el hecho es que estábamos dispuestos a verlo caer y gritar de emoción. Sería el fin de una condena; el término de una era de dolor.

El joven líder nos trasladó hasta allá, y nos extrañó que no nos encontráramos con ningún obstáculo que impidiera nuestro paso hacia la casa dorada. Sin embargo, nos encontramos con un gran grupo de hombres armados y con las caras tapadas; armas largas y una actitud desafiante. Aunque no podíamos verle el rostro, sentíamos su maldad.

De repente, salió el presidente con parsimonia. Teníamos justo frente a nosotros al que queríamos ver fuera del poder. Intentó hacer una salida desafiante, como quien está muy seguro de lo que va a suceder. El responsable de tantas torturas en persona. Yo lo vi sólo por unos momentos, porque después la gente empezó a retroceder y a atropellarse, lo que me dificultó poder seguir observándolo. Cara a cara estaban los dos; el viejo frente al joven.

Intercambiaban palabras, pero yo no los alcanzaba a oír. Y de un momento a otro, todo empezó a ponerse violento cuando ambos alzaron las voces. En ese momento fue que me di cuenta de por qué retrocedía el pueblo. Los hombres armados se abalanzaron sobre los ciudadanos. Y de repente se escuchó un disparo. Siguieron grandes ráfagas provenientes de los hombres armados. Salieron más de ellos de todos lados. Era una emboscada. Por eso no nos los encontramos por el camino: nos estaban esperando frente a la casa dorada.

Noté que el primer disparo no era igual al de las ráfagas de los tipos con las caras tapadas. Lo vi con la mano en el pecho, y temblando. Me dio miedo verlo así. El dictador le disparó a nuestro líder. Lo mató sin piedad. Cayó. Lo vi caer. Y después, mucha gente a mi alrededor empezó a caer y

caer. Yo corrí lo más que pude, pero uno de los "cara tapada" me dio una fuerte descarga eléctrica. Empezó a golpearme; quedé inconsciente.

Ahora estoy en esta cárcel, listo para afrontar mi destino. Desperté hace seis días en esta celda en la que apenas quepo. La "ventaja" que nos da el dictador es que podemos elegir la forma en que queremos morir. Yo prefiero morir fusilado. Quiero dejar este mundo de la misma manera en que lo hizo nuestro joven líder. No pretendo ser un mártir, pero sí quiero seguir a uno. Por la vida de ese es que vale la pena luchar hasta el final.

Hoy caeré como lo hizo nuestro líder. Con sus ideales firmes frente al dictador, con el cuerpo agujereado, y los ojos llenos de lágrimas por haberle fallado a mi país.

Capítulo 3

Frente al río (Cuento N° 3)

Cuando vi que mi reloj marcaba las diez de la mañana, pensé en el sonido de las campanas de la iglesia al que tanto estaba acostumbrado. No sólo indicaban la hora; muchos iban a la misa que se celebraría en ese momento y tomaban ese sonido como un sinónimo de inicio de ésta. Por ello, aunque tres personas hicieran sonar aquellas gigantes campanas durante todo el día, era a las diez de la mañana cuando ese acto tomaba más significación para el pueblo. Hoy me siento un tanto extraño por no poder escucharlas.

Seguramente mi familia estará allí, en el tercer banco de la columna derecha, que era donde solíamos sentarnos, muy atenta a la prédica del día. A lo mejor llegaron más temprano de lo que teníamos acostumbrado, para pedirle a Dios antes de la misa que me brindara protección. Y les agradezco que lo hagan, porque necesito eso en esta situación tan peligrosa en la que me encuentro. También me hace falta serenidad, porque llevo tantas horas caminando sin descansar que aún siento miedo de la oscuridad de la noche aunque el sol se encuentre iluminándome el camino, y mi cuerpo tiembla de terror. Sólo le temía a la oscuridad cuando era niño, pero ahora tengo la misma sensación por pasar mucho tiempo moviendo los pies bajo un cielo negro con la esperanza de llegar al río que ha traído felicidad a muchas personas y muerte a otras.

Quiero estar con mi familia. Ojalá estuviese sentado con ellos en el banco de la iglesia. Así no habrían tenido que salir más temprano de casa para estar antes de la misa y rezar por mí. Sé que aún Luisa no sabe la verdadera razón por la que me fui, pero es que se me hace muy difícil explicar esto a una niña de cuatro años. Y a Carla mucho más, porque siempre he dicho que a una madre le cuesta más decir las cosas difíciles a un hijo. Sienten eso de una manera distinta; ven las cosas con más profundidad. No es que un padre no las vea, pero creo que a uno se le hace un poco menos complicado. De cualquier manera, si deseo estar con mi esposa y mi hija, debo asegurarme de que las vea felices. No tendría sentido estar a su lado si sigo viendo sus rostros sin una sonrisa dibujada.

Carla aceptó las cosas no sin antes regañarme por intentar una cosa tan loca. ¿Quién intentaría ir a un bosque tan grande y peligroso sólo porque es una frontera que, de lograrse pasar, sería encontrar la felicidad? Yo lo intentaría. Admito que saber que la cantidad de muertos asciende cada año asusta a cualquiera, pero cuando sé que hay quienes ven esto de

cruzar el río como un deporte, me armo de valor para querer hacerlo también. No quisiera acabar muerto a manos de "los vigilantes". La verdad quiero evadir la imagen mental de estar chorreando sangre a causa de las balas que ellos me dispararan, impidiéndome encontrar la felicidad en ese lado del río.

Pero yo no hago esto por deporte, sino por recomendación de un amigo mío que sí lo hace. Él me convenció de tomar esta decisión para ayudar a Carla y a Luisita. Una vez atravesado el río, encontraría un mejor trabajo y les pasaría dinero. Con eso ya no tendría que ver a mi esposa apretar los labios de dolor por la enfermedad en su pierna. Ya no tendría que ver a mi hija tan débil por el hambre. Si cruzo el río por el sitio que mi amigo me recomendó, donde según él "los vigilantes" nunca aparecen, sería decirle adiós a tanto sufrimiento. Ese adiós sí que provoca darlo.

Ya tengo al río frente a mí, y lo único que hago es pensar en mi familia. Por fin puedo verlo después de caminar toda la noche, y no parece tener mucha profundidad. Eso lo había escuchado antes, por lo que sería fácil cruzarlo. Sin embargo, han aumentado la protección: "los vigilantes" están ahí. Son sólo dos, pero tengo que buscar la forma de burlarlos, y así no acabar muerto a balazos. Estoy cansado y escondido detrás de unas piedras, mientras busco cómo cruzar esa frontera, pues es la única oportunidad que tendré para hacerlo. Veo las fotos de mi esposa y de Luisa para darme ánimo, y espero estén pidiendo a Dios por mí, como yo lo hago en este momento.

Seguramente, si lanzo lejos una piedra mediana mientras ellos están de espaldas, creerán que una persona está por el lado en que caiga y no donde yo me encuentro. Correrán hasta allá, o dispararán de una vez, pero sólo hay una forma de saberlo. Ya tengo la piedra en la mano, y estoy a punto de lanzarla. Mi cuerpo tiembla aún. En cuanto a las probabilidades de sobrevivir teniendo a "los vigilantes" en esa frontera, hay un cincuenta y cincuenta. Todo sea por mi esposa y mi hija.

Veo la piedra volar lejos.

Padre nuestro, que estás en el cielo...

Capítulo 4

Naturaleza

(Cuento N° 4)

Ella me había hecho una petición, y consistía en acompañarla a un campamento de 15 días. Le respondí que no pero, como si no entendiera, seguía con su propuesta de "alejarnos de los peligros de la ciudad" e intentaba convencerme. Llegó un momento en que casi suplicaba. Yo, terco de nacimiento, le dije "no" hasta que ella no pudo más y se marchó de una vez.

Siempre insistía con lo de sus viajes largos. A mí no me apetecían para nada. Eso de estar en "contacto con la naturaleza" no es mi fuerte. Sin embargo, yo iba a esos retiros casi por obligación. Pero esta vez no fue así. Estoy en casa, descubriendo hasta dónde puede llegar el arrepentimiento.

Yo dije que no por lo que pasó hace una semana. La muchacha que se convirtió en mi novia era la única que parecía comprenderme. Entendía todos mis gustos; no sentía ningún problema por mis vicios –de vez en cuando- y reunirme con los amigos del barrio. De hecho, fue a través de ella que conocí este nuevo estilo de vida. Pero hace siete días las cosas se salieron de control.

No soporto que cuestionen lo que hago, ni que indaguen en la vida de mis amigos sólo para buscar los defectos de ellos y decirme que me convertiré en uno igual. Nunca habíamos tenido una pelea tan fuerte. Entiendo que fue ella quien me trajo al mundo, pero "conectarme a la madre tierra" junto con sus amigas "viejas" era algo que me parecía desesperante. Además, buscaba peligros donde no los había, pero siempre los encontraba. Intentó por todos los medios alejarme de mi novia para irme con ella y sus amigas contemporáneas a un parque muy lejano y "relajarme", pero no lo logró. Por eso me quedé en casa, para estar con mi novia y mis amigos, pues todos viven cerca, y renuncié al enésimo campamento.

Mi madre siempre pensaba en los peligros. De hecho, decía que tenía una mala corazonada esta vez. Era costumbre escuchar algo así, pero justo en este instante me doy cuenta de que tuvo la razón todo el tiempo. Se enfrascó en el anuncio de la llegada de una tormenta, que coincidía con la fecha del campamento. Además, por lo lejano del parque, la tormenta ni siquiera voltearía su mirada para allá, por lo que no habría problema

alguno por esos lados.

Estoy parado en la puerta de mi casa, sin poder hacer nada más que esperar la muerte. Acabo de ver el cuerpo de mi novia y dos de mis amigos bajar con la corriente de agua. Antes de fallar la electricidad, en la televisión dijeron que esta era una tormenta de tal intensidad que no se veía desde hacía décadas. Las casas de mis vecinos se van cayendo poco a poco. La mía aún queda en pie, pero no por mucho tiempo. Se está empezando a caer el techo. Y mi madre está a kilómetros de aquí. Colocar un pie afuera significaría arrastrarme por todo el barrio.

Mi madre me había hecho la propuesta de salir por 15 días. Yo, terco de nacimiento, le dije "no" hasta que ella no pudo más y se marchó a su campamento. Allá, ella "contacta" con la naturaleza, pero aquí pasó al revés: la naturaleza me contactó, y me quiere llevar consigo.

Capítulo 5

Seguiré

(Cuento Nº 5)

Gracias al diario de hoy pude conocer que definitivamente el pueblo no quiere nada con los políticos. Bueno, eso también se debe al trabajo periodístico que realizan algunos. Mi esposa me lo trajo, y cuando vi el titular no pude hacer más que entristecerme. Antes eran muy queridos en esta ciudad, pero ahora todo cambió, pues ahora los ven como seres demoníacos.

La rueda de prensa de ayer sirvió para comprobar eso. Los periodistas comenzaron a hacer todo tipo de preguntas incómodas. "¿Qué pasó con el proyecto de sanidad prometido hace un año?", "¿Por qué siguen los secuestros con armas largas?", y "¿Está pensando renunciar, como dice el rumor que corre actualmente?" fue lo que se escuchó. Gracias a esto, la popularidad bajó en cuestión de segundos.

No sé cómo se podría zafarse de una situación como esta. Cualquiera empezaría a titubear y responder con un nerviosismo no común, a menos que sea una persona que no quiere a sus seguidores y no se trate de un alcalde comprometido con su pueblo.

Intenté explicar lo mejor que pude lo que estaba pasando. El día en que comenté sobre arreglar aquel problema con las aguas negras fue porque estaba seguro de poder conseguirlo. Ya tenía todos los implementos necesarios. Lo que una buena parte del pueblo nunca supo fue que mataron a varios de mis trabajadores con tal de que no se concretara el proyecto, y en efecto, los que quedaron vivos lo consiguieron dejando el trabajo. Había muchos padres de familia que no querían dar su vida por una persona que posee un mandato en un pueblo, y eso es comprensible.

Es casi imposible detener a todo un grupo de personas con armas largas cuando éstos se han esparcido por todo el país e incluso superan en cantidad a las fuerzas policiales. Es más, aprendieron técnicas de combate. No se trata de un grupo de delincuentes comunes; son personas que rozan en lo terrorista.

No quiero renunciar porque siento que tengo un gran compromiso con mi gente. No voy a hacerlo. Aunque me hayan enviado una carta exigiendo mi renuncia o me asesinarían a otro de mis hijos, pienso que no puedo fallarles. Duele ver a tantas familias en llanto ante la muerte de los

obreros. Duele, y mucho, pero debo continuar.

A pesar de que el diario de mayor circulación tenga como titular "El alcalde no tiene idea de cómo salvar al pueblo", continuaré con mi labor. Que mi adversario en las elecciones haya un sido un líder mafioso que tiene control en varios sectores del país, no puedo doblegarme. Mi pueblo mi necesita. Seguiré en mi lucha.

Mi esposa y mis hijos parecen ser los únicos que entienden que no soy un político asqueroso como los que abundan en el mundo. Soy un hombre honrado, responsable. Por mi hijo asesinado a manos de aquel imbécil, seguiré con mi trabajo para demostrarlo. No puedo detenerme en este momento.

Capítulo 6

Inocencia

(Cuento N° 6)

Recuerdo cuando yo era inocente de todo porque estaba bajo tu dominio. ¡Cuánto extraño aquellos días! Cuánto quisiera que volvieras a tenerme bajo tu poder, pero la edad me obligó a renunciar a ti.

Cuando eras parte de mi vida -y de la de muchos, estoy seguro-, todo era muy diferente. Siempre estaba en una burbuja de felicidad, y ni siquiera imaginaba que algún día podría explotarse y yo caería desde muy alto, llevándome un golpe tan fuerte: un golpe de realidad.

Sucedía algo muy curioso, y es que cuando estaba en tu poder el mundo entero me veía y se formaba una expresión de alegría en sus rostros; era una muestra de cariño. Además, me sentía protegido. Todas las personas y hasta instituciones me garantizaban seguridad. Ellas estaban pendientes de mí en todo momento, y en ocasiones buscaban la manera de contentarme por el simple hecho de verme reír.

Sin embargo, poco a poco te alejabas, y yo no me daba cuenta. Era tanta tu distancia que cambié en todo aspecto, como le pasa a cualquiera. Era inevitable tu partida. Lo más duro fue cuando me di cuenta de que contigo yo no tenía que hacer nada para solucionar algo; todo era responsabilidad de los demás. Pero te fuiste, y tuve que empezar a arreglármelas yo solo.

Me siento mal. Me siento viejo. No sé si te fuiste de forma definitiva o simplemente estás escondida, pero no deseas salir. ¿Qué debo hacer para que salgas de donde estés y vuelvas conmigo? No me importaría lo que pensara la sociedad, ni romper las reglas que debe tener un adulto para que pueda considerarse tal. Nunca te di las gracias por tanto, y ahora deseo que vuelvas para hacerlo y quedarme contigo hasta el final.

No me interesa en absoluto lo que digan los demás. Por eso, Infancia, te pido que me perdones por no haberte valorado como merecías. Por favor, regresa. Sólo contigo puedo volver a ser inocente de la vida, inocente y feliz!

Capítulo 7

El ruido de las máquinas

(Cuento N° 7)

Desde hace un tiempo para acá, veo lo que me rodea con otros ojos.

Nunca me había detenido a pensar en algo que la mayoría de la gente ignora, pero es que no quise obviarlo más. Creo que debo hacer algo para contribuir con ello; tal vez pueda empezar con algo común y después pensar en ciertas cosas que me permitirían aumentar mi nivel de ayuda.

Resulta que debo salir temprano a trabajar, como la mayoría de los habitantes de este país. A veces suelo ver a las mismas personas subirse al mismo autobús que yo, pues viven cerca de mi casa. Son ocasiones en las que recuerdo algunas caras que coinciden conmigo al salir a ganarse el pan de cada día. Sin embargo, hay otros individuos que tengo que ver obligatoriamente todos los días, pues ese es su sitio de trabajo y se encuentra justo frente a la estación de tren.

Tantos años pasando frente a ese puesto, y hasta hoy es que pienso en que esa persona también tiene una vida detrás. Mucha gente ignora eso, como yo lo hice en todo este tiempo. Pero luego de ver lo que contaré, no pude evitar preocuparme.

Frente a la estación está una señora que muy temprano coloca una pequeña mesita que hace el papel de su "empresa". Como se encuentra en la calle, sin kiosco ni nada por el estilo, puede considerarse una vendedora informal; alguien que por razones personales o de la vida no pudo estudiar una carrera que le impidiera tener que recurrir a ese empleo para conseguir dinero. O tal vez si la tiene, pero no consigue un trabajo en una compañía.

Hoy tuve que salir más temprano que de costumbre, pues tengo que adelantar unas tareas en la empresa y necesito una hora más para terminarlas. Prefiero estar en mi puesto una hora antes de lo habitual que quedarme hasta tarde, para evitar la congestión de la ciudad. Gracias a ese cambio en mi rutina, pude ver cómo la señora que mencioné se despedía con mucho afecto de dos hijos pequeños, y los dejaba frente a una escuela que queda a una cuadra de mi casa. Es decir, ella vive cerca de mí, pero yo nunca lo había notado.

A continuación, sube al mismo autobús que yo con un gran bolso. Allí lleva su mesita plegable y su mercancía. Y empecé a preguntarme si tendría que abastecer ella sola a sus hijos, o si tendría una pareja que la ayudara. ¿El papá de sus hijos estará con ella? ¿Será un "presente ausente" que está en la casa y es que como si no lo estuviera? Varias dudas en pocos

minutos.

Entro a la estación y la dejo allí, en su lugar de trabajo, desplegando su pequeña mesa y colocando su mercancía frente a la estación. No me había dado cuenta que detrás de un gran muro en el que ella se apoya, se llevan labores de construcción.

Una hora antes del salir de mi trabajo, el jefe nos comenta que podemos retirarnos ya a nuestras casas, pues trabajamos las ocho horas reglamentarias al haber llegado a la empresa más temprano. Se devolvió a su oficina de la que sale sólo para dar alguna información como esa y ya. Cuando llego a la estación, veo una cara de dolor en la señora vendedora de la mesita. Y es que detrás de ella, la maquinaria pesada estaba contaminando de forma sónica el ambiente de tal manera que dejaba con un pitido en los oídos a quien se quedara allí por mucho tiempo.

La señora que dejó a sus dos hijos en el colegio esta mañana podría perder su audición. Seguramente tendría que usar audífonos especiales. Y es una mujer joven. Tiene aún mucha vida por delante como para tener que escuchar los mensajes de amor de sus hijos a través de unos aparatos y no de forma natural. Además, las personas no se detenían para comprarle nada, pues no querían aguantar el ruido de las máquinas de construcción.

Yo me quedé pensando en ello, y después de vacilar un rato, le compré unas chucherías. Se notaba que su sonrisa no salía de forma natural, sino con cierto dolor. Pensé en sus hijos. Me imaginé a los dos gritando a su mamá lo mucho que la querían, pues vi mucho amor esta mañana al despedirse. Si bien uno se contenta con la energía de sus hijos, no quiere que la gasten porque, al trabajar, se ha perdido una parte de la escucha.

Yo no pude quedarme indiferente. Y empecé a pensar en qué puedo hacer para ayudarla. Hoy le compré unas chucherías para que su día no tuviera una ganancia cero, pues me imagino que su jornada laboral tuvo como banda sonora el ruido de las máquinas y la gente no se detenía. Pero empezaré a hacer más cosas. Por ejemplo, antes de subir al autobús de regreso a mi casa pasé por una pequeña tienda para músicos, y compré unos protectores para los oídos. Espero le guste el color rosado.

Se los entregaré mañana. Tal vez me quede a conversar un poco con ella antes de entrar a la estación y de empezar el ruido de las máquinas. Buscaré la manera de darle ánimo. Puedo salir una hora antes de mi casa para la empresa, aunque llegaré muy temprano al trabajo. No importa. Todo sea con tal de hacer sentir a una persona que es importante para alguien. Y eso puede empezar regalando unos audífonos.

Capítulo 8

(Cuento N° 8)

10 meses

Teníamos previsto encontrarnos en el mismo café que solíamos frecuentar cuando estábamos en bachillerato. Allí lo esperé unos cinco minutos. Mi mejor amigo de aquella época de estudio volvía a encontrarse conmigo después de tanto tiempo.

Me preguntó por mi esposa y mis hijos. Le comenté toda mi situación: tener que lidiar con los celos de mi esposa, los terribles que son mis hijos cuando llego del trabajo y los constantes regaños que tengo que hacerles para que se queden quietos.

Prácticamente hablé durante una hora y media de todos mis problemas. Sin embargo, poco lo había escuchado a él. Y cuando me dijo estas palabras, me quedé helado: "El médico me dio el diagnóstico. Es terminal. Se lo quise comentar a Gabriela (mi esposa), pero estoy seguro que estaría tan ocupada con los papeles del divorcio que no querría escuchar nada de mí. Creo que hasta se alegraría".

Cuando nos despedíamos, me dijo: "Mucho éxito en tu vida. Disfrútala". Seguro él fallecería en unos 10 meses. Él quería era ser escuchado, desahogarse. Y fui tan imbécil que lo único de lo que hablamos fue de los celos de mi esposa, que sé que los puedo arreglar, y de los regaños a mis hijos, que también puedo solventar eso de alguna manera, cuando lo único que él quería era seguir viviendo, tener los hijos que siempre soñó y nunca pudo engendrar por culpa de una mujer que ahora lo odiaba y quería separarse de él. No creo haberle dado las mejores palabras de ánimo, y no me queda tiempo para enmendar eso.

En 10 meses, no veré más nunca a mi mejor amigo del bachillerato.

Capítulo 9

De repente

(Cuento Nº 9)

Nos encontrábamos bajo el colosal domo tan representativo para la ciudad. Mi hermano y yo compramos las entradas para la feria unas horas antes pues, esa salida se dio de la nada. Vendrían personas de todas partes, porque era una de las fiestas literarias con mayor atracción del mundo y eran muchos los escritores conocidos que se encontrarían con sus seguidores. Además, desde que llegamos como estudiantes de intercambio no habíamos salido mucho, y esa era una buena oportunidad para conocer la capital y una obra arquitectónica de gran envergadura.

Cuando llegamos al sitio, mucha gente ya se encontraba allí. Vimos que algunos conversaban con otros lectores sobre algunas obras y otros de repente corrían cuando, de la nada, su escritor favorito hacía acto de presencia en el recinto. Con libros en las manos, se acercaban y pedían su firma; algunos con calma, otros con cierta euforia. Todo sucedía en cuestión de segundos. Nos divertía estar en ese sitio, pues tanto a mi hermano como a mí nos hacía ilusión conocer en persona a varios autores.

A mí también me tocó correr.

Era complicado mantener un peso tan grande en nuestras espaldas; varios libros por firmar y escritores por saludar. De vez en cuando él y yo nos quitábamos los bolsos y los cargábamos con las manos, hasta que se nos cansaban y volvíamos a subírnoslos. Nuestros gustos literarios eran distintos, por lo que los objetivos en cuanto a las firmas también presentaban diferencias.

Desde pequeños soñábamos con estar en un sitio así, rodeados de personas que compartieran nuestra pasión por las letras. De hecho, mi hermano y yo tuvimos pequeñas conversaciones con algunas personas desconocidas sobre novedades literarias; diálogos que no superaban el minuto y medio de duración. Más de una vez vimos cómo un escritor pasaba a nuestro lado, recorría los stands y compraba algún libro, como cualquier persona. También fuimos testigos de visitantes que lo detenían para demostrarle admiración por su trabajo, comentarles cómo ellos se sentían identificados con algún personaje de una novela, la vez que conocieron sus textos, entre otras cosas. Casi siempre la culminación del encuentro consistía en una foto hecha con un teléfono, una firma en un libro o ambas.

Cuando se subía un escritor en alguna de las tres tarimas que allí instalaron a dar una pequeña charla, la gente aplaudía con entusiasmo, y

algunos asistentes daban gritos de emoción. Cuando teníamos cerca de una hora y media en el domo (mi hermano y yo queríamos escuchar varias charlas y recorrer el sitio, que es bastante grande) escuchamos unos gritos más o menos cerca de nosotros, pero no eran de emoción, sino de miedo. Terror, para ser exacto. Y de repente, vimos como hubo una sincronización perfecta entre el sonido de una pistola y el impacto de varias balas en el cuerpo del autor de un libro que hablaba sobre el terrorismo en una de las tarimas.

Alcancé a ver a varios hombres armados disparar contra quien se le atravesara, sin importar nada. Llevaban las caras tapadas. En ese instante solté mi bolso con los libros. Y a mí también me tocó correr. Lástima que no fue para alcanzar a algún escritor, llegar rápido y hacer que me firmara uno de mis libros. Corría porque quería seguir vivo, como todos los que visitantes que estábamos allí. Así que nuestros objetivos cambiaron instantáneamente.

A mi hermano no le tocó correr, pero fue porque dos balas se incrustaron en su cuerpo: una en la cabeza y la otra en el pecho. En ese momento, sentí cómo la lengua se me trabó, y no podía emitir ningún tipo de sonido; ni hablar ni gritar. Fue todo muy rápido. En medio de la desesperación, mientras yo avanzaba lo más rápido que el terror y las piernas me lo permitían, de un momento a otro sentí un dolor muy grande en una de ellas, que me hizo caer. Varias personas pasaron por encima de mí, mientras yo me retorcí porque me dolía no sólo la pierna herida de una bala que perforó la piel y otra que la rozó, sino los zapatos de la gente que también maltrataban mi cuerpo. Pero no los culpo, pues uno, al ver que la vida está a punto de desaparecer, no razona y hace cualquier cosa por aferrarse a ella, sin importar lo que pueda pasar.

Ese es el último recuerdo que tengo de lo que pasó ayer en la tarde. Hoy el doctor ha venido a verme y me ha informado de la muerte de mi hermano. Además, me comentó de una operación que tuvieron que realizarme en la pierna; de lo contrario, perdería mucha sangre, según me comentó. Lamentó lo sucedido y me indicó que la recuperación será muy lenta. No esperaba más; para él y sus colegas también debió ser una jornada de extrema dificultad.

Ayer fue un día en el que todo sucedió de repente. La compra de entradas, la aparición de los escritores, la llegada de los terroristas y la muerte de no sé cuántas personas; entre ellas, mi hermano. No sé la cantidad exacta de fallecidos, pero sé que van muchísimos ya. Lo peor del caso es que lo único que no será tan rápido en todo esto es la recuperación emocional de tantas personas.

Capítulo 10

La idea salvavidas

(Cuento N° 10)

Al joven sólo le preocupaba saber cómo podría hacerle la petición a su jefe al día siguiente. La enfermedad de su hermana menor no podía salir de su cabeza. Era necesaria la operación, pues era la única forma en que podría salvarla. Por ello, mientras caminaba cabizbajo en su regreso a casa, planeaba pedir un préstamo. Él después se las arreglaría para pagarle a la empresa, pero estaría sumamente agradecido porque ellos ayudarían en gran medida a salvar la vida de la pequeña, que tanto sufría, al igual que su familia al verla en ese estado.

Justo cuando pasaba frente a una pequeña tienda que emulaba a un supermercado, dos hombres interrumpieron su andar. Con sus armas lo apuntaron, y acto seguido fue realizado un cuestionario por éstos. El joven no hallaba qué decir, y titubeó en cada momento. Además, no entendía por qué él tenía que ser tratado de su esa forma, si estaba colaborando con ellos como podía. A continuación, los hombres guardaron sus pistolas, pero sacaron otras cuya función era otorgar fuertes descargas eléctricas. Y fueron tantas que el joven no tuvo mucho oportunidad para retorcerse en el piso, pues falleció a los minutos. Nadie resiste tantos voltios en el cuerpo al mismo tiempo.

La mujer encargada de la tienda esa noche, también de pocos años, se desesperó un poco cuando notó el alboroto y quiso llamar a las autoridades locales, pero al ver huir a los dos homicidas, se decepcionó tanto que se abstuvo de hacerlo. Lo más probable era que su llamada fuera en vano.

Sin embargo, el caso conmocionó a la ciudad, pues fueron varios los testigos y las cámaras de seguridad cumplieron muy bien con su trabajo. Pronto fueron televisados los rostros de los dos responsables de la muerte del joven. A los pocos días les removieron sus cargos de policías y fueron enviados a una cárcel especial para presidiarios que hayan formado parte de algún cuerpo de seguridad.

Aquella noche no sólo asesinaron a un hombre negro; una idea que consistía en plantear a una persona de rango superior salvar la vida de una niña murió también.

Capítulo 11

De nuevo en su hogar

(Cuento Nº 11)

En la primera noche, la niña ya acostada interrogó a su madre:

– ¿Y mi papá no volverá esta noche?

–No, mi amor. Hoy se quedará en la calle.

– ¿Como los indigentes que menciona mi maestra?

–No. Él estará bajo techo –contestó la madre con una voz quebrada. Luego de eso, apagó la luz y cerró la puerta del cuarto.

Sin duda era bastante difícil tener que lidiar con preguntas como esas, y más cuando las formula una niña de 5 años. También era muy complicado tener que ver en una personita tan delicada un rostro lleno de tristeza y preocupación pueril. La mamá ya estaba consciente de que tendría que prepararse de forma muy dura para vivir con ello.

La niña estaba acostumbrada a ver a su padre por televisión, siempre desde un atril ofreciendo declaraciones. Ella no entendía mucho su trabajo, pero sus padres siempre le respondían que ese trabajo consistía en “forjar un país mejor”. Algunos de sus compañeros de colegio le hacían preguntas sobre ese tema, y de vez en cuando debía aguantar la envidia de otros por no tener una familia así. Sin embargo, la maestra se enfocaba en instruir de la mejor manera y hacer que todos sus pequeños estudiantes se llevaran en paz.

Cinco días después, ya la niña no entendía qué estaba pasando, pero en medio de su inocencia presentía que algo no andaba bien. Además, vio a su padre en la pantalla del televisor de una forma distinta: con una bandera en la mano y una expresión de euforia.

– ¿Y mi papá tampoco volverá esta noche?

– Tampoco, pero él está bien.

– ¿Es que ya no nos quiere? –dijo la niña en con cierta lentitud y cambio en el tono de voz.

– ¡No pienses eso, mi niña! Él nos quiere más que nunca.

La niña estaba acostumbrada a ver a sus abuelos sólo en navidad y alguna otra fecha del año. Desde que su padre dejó de ir a casa, notó que

ellos visitaban con más frecuencia el hogar para cuidarla, pues su madre aumentó el número de salidas. Ellos tampoco esclarecían a la niña por qué su progenitor no había regresado a casa.

No obstante, al doceavo día sus ojos se iluminaron al enterarse que vería nuevamente a su papá. Creía que él volvería a casa, pero no; ella debía trasladarse hacia otro sitio. Subió al carro de su madre y empezó a hablar sobre cualquier cosa con volumen de la voz muy alto. Así era como ella expresaba su euforia.

Cuando llegó al lugar, sintió temor. Era bastante tétrico, y eso a ella le causaba miedo, como a cualquier persona. Caminó con su mano aferrada a la de su mamá.

Debieron pasar varios puestos de identificación según las indicaciones de varios hombres de contextura gruesa y caras de pocos amigos. Pero al pasar todo eso, pudo ver de nuevo a su padre, quien lloró al cargarla. Ella nunca lo había visto en ese estado de ánimo; además percibió varios golpes en su cuerpo, más fuertes que los raspones que ella tanto se hace en sus rodillas. Cuando preguntó a su padre por ello, él prefirió responderle "nada".

Hablaron de muchas cosas los tres: padre, madre e hija. Esta última mostró las actividades que había hecho en el colegio en los últimos días, exactamente los que tuvo su padre fuera de casa. Luego vio cómo él se dirigía a su mamá; noto mucha tristeza en su voz. "Me van a dejar aquí", dijo él. La niña prefirió preguntarle cuándo volvería a casa, a lo que escuchó que eso no podría darse por los momentos. Empezó a llorar, y su padre volvió a abrazarla. "No llores, mi amor. Vamos a seguir viéndonos. No todos los días, pero seguiremos viéndonos".

Cuando culminó el encuentro, la niña se sentía molesta con su padre. No estuvo de acuerdo en tener que volver a casa sin él, y visitarlo sólo unas cuantas veces. Subió al carro con los labios apretados, pues así demostraba su coraje. Volteó para ver a través del vidrio del carro el nombre del lugar recién conocido: "Cárcel de San Román", indicaban unas letras gigantes y descoloridas.

La niña llegó a casa y se fue a dormir aún con mucha rabia por dentro. No sabía que estaba sintiendo todo eso contra el hombre que casi libera a su país de un régimen dictatorial; el político que fue capaz de adquirir un gigante liderazgo gracias al clamor de la gente. Sus ideales lo llevaron al sitio en el que se encuentra ahora, sin saber cuándo podrá salir.

La pequeña niña, inocente, sólo desea verlo de nuevo en su hogar.

Capítulo 12

El consejero de la estación

(Cuento Nº 12)

Definitivamente el violinista de la estación del tren es el consejero de todos los pasajeros, pero nadie se da cuenta. Ninguno puede percibir que con sus dulces melodías es capaz de curar todos los problemas del día a día, pues están tan inmersos en ellos que prefieren olvidarse de todo lo que se encuentra a su alrededor. Es increíble que yo sea la única persona en saber que frente a mí no sólo está un músico talentoso; él también es el responsable de sumirnos en un viaje de buenos recuerdos.

Y digo esto porque desde que mudé a esta nueva zona ese hombre ha estado allí, sentado poco después del pie de la escalera de entrada, pero se ha vuelto parte de la estación, como un torniquete, y ya ningún usuario lo toma cuenta. Yo no soy así, como ellos. Siempre he tenido puntualidad al asistir a mi empleo; desde que tengo uso de razón lo recuerdo así. Por ello, al entrar en la estación, me quedo unos diez minutos a deleitarme con las notas salidas del instrumento que toca este hombre sin nombre. No dice ni una palabra, pero asiente con su cabeza para querer decir "gracias". Sus canciones son una invitación a olvidar todo lo malo que pueda estar sobre nosotros e incluso nos impide caminar cómodamente. Sus melodías son buenos consejos para quien las escuche.

Sin embargo, veo que mucha gente prefiere seguir su camino y se rehúsa a ser aconsejada simplemente por el aspecto de este hombre. Tal vez no tenga ropa cara en exceso, ni un programa de televisión, ni dicte conferencias motivadoras con precios astronómicos que algunos deciden pagar. Quizás sea por esas razones que los pasajeros cierran sus oídos a este señor. Algunos los cierran de forma literal, colocándose esos pequeños objetos en sus orejas que poco a poco les va quitando la audición con el alto volumen al que escuchan lo que allí sale. Pero eso poco me importa. Cuando veo a mi lado a dos o tres personas más prestando suma atención a cada sonido emanado por el violín, sé que ellas saben apreciar esos detalles que la vida misma nos otorga, pero que a veces no vemos por necesidad.

Sólo espero que este hombre sin nombre, sin palabras, sin lujos y demás, pueda seguir ofreciéndonos esos buenos repertorios. No sé cuánto duran, pero al menos, por diez minutos, antes de abordar el tren que me llevará al monótono empleo en el cual estoy, siento cómo me dejan de importar aquellas cosas por las que todo el mundo sufre y no quiere renunciar a hacerlo.

Capítulo 13

En aguas profundas

Tenía por referencia a su padre, que había sido uno de los mejores exploradores marinos de su país. Siguió sus pasos e hizo una réplica casi exacta de su progenitor. Graduarse de biólogo en la universidad y especializarse en la escuela de la vida en el buceo, le abrió muchas puertas; entre ellas estaba la compañía para la que empezaría a trabajar.

Hoy debió ser el primer día en que comenzaría a generar dinero explorando las aguas profundas. Justo hoy, un grupo de tiburones llegó a la zona a estudiar por los investigadores, dispuestos a destruir los sueños de cuanto ser vivo se le atravesara.

Capítulo 14

Muerto en vida

Hoy desperté en un lugar raro. Era un bosque inmenso en el cual era posible respirar paz. No oxígeno; paz. Me encontré acostado en la grama, y cuando decidí levantarme, me sentí más ligero que nunca, como si tan sólo mi peso corporal fuese de 21 gramos.

Al principio me asusté un poco, pues el cielo estaba iluminado de una forma un tanto difusa; no vi el sol por ningún lado. Sin embargo, las hojas de los árboles estaban muy verdes, y la grama tenía una coloración igual de llamativa. Me dieron ganas de correr, aún asustado, y lo hice. Corrí sin saber exactamente a dónde llegar, pues este era un lugar completamente desconocido para mí. Pero eso generaba en mí un poco de emoción, pues, aunque no tenía ni siquiera una mínima noción de donde estaba, supuse que lo sea que encontrara tendría tanta armonía como el sitio exacto en el que desperté.

Me gustaba estar allí. Me sentía una persona libre. Desaparecieron todas mis preocupaciones; ni siquiera había personas cerca, y no me importaba, porque era un sitio muy tranquilo. De repente, sentí una ligera vibración en mi cuerpo, pero no le di mucha importancia. Supuse que sería producto de la emoción, ya que no había sentido tantas cosas buenas juntas.

Lo más extraño de haber corrido tanto fue no sentir ni un poquito de cansancio. Bajé la velocidad y empecé a caminar. Nuevamente sentí la vibración de antes, esta vez en el pecho. Seguí sin prestarle suma atención. Preferí concentrarme en lo que se encontraba a mi alrededor: pájaros de colores fosforescentes combinados de una manera especial; árboles de ramas frondosas; se podía sentir una brisa muy fresca. Luego me fijé en un sonido que, según recuerdo, era de una película espacial. Traía mucha tranquilidad. Y por tercera vez, la vibración en el pecho.

En esta ocasión sí me preocupe, porque todo se volvió borroso por un segundo. Pensé que sería por haberme detenido súbitamente después de correr tanto, y lo hice de nuevo. Corrí hasta que las piernas, muy ligeras, me lo permitieron. Y luego, la vibración fue más fuerte; parecía un choque eléctrico. Yo no entendía qué pasaba, pero luego de eso sentí mucho sueño, y todo lo veía muy difuminado otra vez. Y fue tanto el sueño, que me tumbé en el piso muy rápido. Me quedé dormido profundamente.

Cuando desperté, me sentí muy pesado. Bueno, ese era mi peso normal. A mi alrededor vi a mi esposa y mis hijos sonriendo por haber abierto mis ojos, sobre todo el más pequeño. Los médicos me revivieron con electroshock. Recordé la miserable vida que llevo con mi familia. Deseé volver a aquel bonito mundo para vivir de verdad, y así ser feliz para

siempre. Si así es el más allá, prefiero quedarme allí, feliz, que muerto en vida.

Capítulo 15

Ricos

A la una de la madrugada sonó el teléfono. Nunca antes en mi vida había recibido una llamada a esa hora. De hecho, pocas veces había contestado a alguien pasadas las nueve de la noche, y lo hacía con miedo, pues nadie me llama tan tarde. Pero esta era la primera vez que llamaban a altas horas de la noche. Dudé mucho para contestar.

Me levanté de la cama temblando y decidí ir a contestar. Creo que vivir solo también alimenta el temor. Cuando tuve la bocina pegada a mi oreja, nadie habló del otro lado. Hasta unos segundos después.

Yo vivo solo desde hace algunos meses, pues mi esposa falleció y mi hijo, que acababa de cumplir la mayoría de edad, decidió independizarse. Era muy raro que yo hablara con otras personas, pues estas dos partidas me dejaron un tanto deprimido. Recibía llamadas de mis viejos amigos, los que conocí en la universidad; hay uno que está en el extranjero y siempre me invita a conocer ese país. También están los desconocidos que ofrecen servicios de comunicación a unos precios que yo no puedo pagar. Y sólo para esas ocasiones es que le hablo a una máquina.

Nunca entendí por qué mi hijo se marchó a tan joven edad de la casa, si podía quedarse un tiempo más conmigo y luego retirarse a donde quisiera. Así no me afectaría tanto. Además, somos pobres, y siempre pensé que él no tendría un futuro tan prometedor si tomaba esa decisión de emancipación tan temprano. Pero él me aseguraba que saldría a "juntarse con los ricos"; según él aprendería de ellos y se haría rico también, y así me sacaría de este pequeño rancho que en cualquier momento no dará para más. Nunca me quiso decir de forma exacta para dónde iba, pero a esta edad lo que quiero hacer es descansar y no insistir tanto en esas cosas.

Me llamó por teléfono a la una de la madrugada, y me dijo que efectivamente se había "juntado con los ricos". Yo me quedé sorprendido, y hasta el susto se me pasó. Yo no sabía si sentirme orgulloso por su logro o preocupado porque pudiera convertirse en un hombre vanidoso y materialista. Sin embargo, cuando le pregunté por qué me llamaba a esa hora, logré entender todo.

Según mi reloj, dentro de unos veinte minutos dará inicio el juicio. Bastante que se lo han postergado. Lo acusan de violación a la propiedad

privada, pues lo hallaron dentro de una casa de hombres ricos. Así era como él pretendía "juntarse" con ellos: robando. Esa era la forma en la que él pensaba surgir. Estoy seguro de que lo condenarán.

No quiero que nadie me saque de mi pobre hogar con dinero mal habido. Si él se hubiese quedado conmigo tan sólo un poco más, yo hubiera hecho hasta lo imposible para que no se convirtiera en un ladrón.

Capítulo 16

Antoine

Él pensó que quien le contestara del otro lado lo tomaría como broma. Y no era para menos, pues son muchos los que hacen este tipo de llamadas con el puro fin de fastidiar al operador. Pertenecen al grupo de los "chistosos malos"; y todo el mundo conoce al menos a uno. Sin embargo, Antoine no era uno de esos, pero no sabía cómo hacer para no caer por error en ese grupo.

A Antoine nunca le sirvieron las terapias. Tal vez se deba al terror que tenía en aquel tiempo a los médicos, aunque éstos sólo hacían su trabajo de la forma más amable posible. Los terapeutas habían intentado de todo para sacarlo de su tartamudez; esa condición que tantas burlas provoca al afectado. Pero parecía que era inmune a las terapias; nada daba resultado. Y decidió crecer así, repitiendo la misma sílaba hasta que podía pasar a la siguiente y conseguir decir una palabra completa, para intentar hacerlo de nuevo y completar una oración. Cuando era un niño, decir dichas oraciones era como ganar varios trofeos.

No tiene muchos amigos, aunque el que podría considerarse el mejor de ellos comparte su misma marca de nacimiento; también posee esa pequeña traba en la lengua que le impide poder hablar con fluidez. A pesar de ello, podía sentirse una persona afortunada: consiguió una novia. Era cierto que Antoine no podía comunicarse como él desearía, pero sí que sabía expresar lo que quería de forma escrita o de alguna otra manera. Se propuso enamorar a la chica de alguna manera, y con pequeños regalos, gestos y demás elementos no verbales, ésta entendió qué quería aquel joven delgado y de habla afectada. Antoine se sentía amado con ella, y viceversa.

En la ciudad, viajar en motocicleta era todo un encanto. Sentir la brisa en la cara, además de la adrenalina y poder observar las maravillas arquitectónicas sin tener un vidrio enfrente (como en los carros) hacía sentir bien a cualquiera. Y esa era lo que hacían Antoine y su oficialmente novia. A él le costó hacer la petición, pero no porque fuera tímido –que si lo era, pero aprendió a ser más extrovertido-, sino por su tartamudez. Ahora disfrutaban de ese placer en dos ruedas, hasta hoy.

Ninguno de los dos se esperaba que frente a ellos pasara aquel camión gigante, aun cuando el semáforo indicaba que no debía hacerlo. Y chocaron. Antoine intentó maniobrar como pudo, cayendo al suelo antes de que la moto impactara. Ella recibió la peor parte. Su cara estaba ensangrentada, y su novio no hacía más que llorar e intentar articular

alguna palabra.

Él sacó su teléfono, y presionó las tres teclas que nadie espera tener que tocar siguiendo esa secuencia: 911. Y se asustó por no saber cómo haría entender a quien le atendiera que, a las tres de la madrugada, con la calle sola, dado que el camión se dio a la fuga, tenía frente a él, en el piso, agonizando a la persona que lo hacía sentir querido en todo sentido.

Era de esperarse: la operadora no entendió absolutamente nada de lo que Antoine comentó. Entre el llanto y su condición, no pudo articular ni una sola palabra. Tal vez la joven que atendió la llamada no haya tomado eso como una ociosidad a la cual ya estaba acostumbrada (acá entran los "chistosos malos"), pero tampoco entendería por lo que Antoine pasaba. Él, arrodillado, dio un beso a su chica; se despidió de la única persona que conoció lo que él sentía por alguien.

Y ahora Antoine debe empezar su vida otra vez, casi desde cero.